

Tiempo de lectura: 37 minutos aproximadamente

Dr. Hebert Gatto



Abogado. Escritor. Periodista.

## **POPULISMOS LATINOAMERICANOS (UNA CATEGORÍA DIFUSA)**

Voy a comenzar con una advertencia. El tema como saben es los Populismos Latinoamericanos -es decir los populismos actuales-, tal como funcionan en la práctica, vivan, no el concepto genérico, en el plano teórico de la palabra populismo. Populismo es una categoría política muy amplia, muy vasta, que abarca partidos y movimientos que van desde la derecha hasta la izquierda del espectro político, de manera que su contenido ideológico es difuso y no se ciñe a una doctrina determinada, que se pueda atribuir fácilmente a una ideología. Por más que en América Latina se presenta un tipo de populismo que tiene características bastante especiales, algo muy notorio cuando nos referimos al populismo aparecido a partir de fines de siglo pasado y comienzo del presente.

Es en ese tipo de expresión es donde yo voy a tratar de hacer hincapié. Para decirlo en forma más concreta hablamos del populismo surgido en Brasil, del populismo en Argentina, del populismo en Venezuela, del populismo en Ecuador, en Nicaragua. Quiere decir que son expresiones actuales, con muchas de las cuales todavía convivimos. Eso no quiere decir –insisto- que el populismo se reduzca a ese tipo de experiencias. Simplemente para acotar el tema, para darle mayor precisión y mayor referencialidad, me voy a centrar únicamente en este tipo de populismo, sin desconocer lo mucho que el mismo le debe a experiencias anteriores en el continente.

Hace pocos días regresé de Europa y allí es muy fácil de advertir la preocupación creciente por el advenimiento del populismo. Por más que se trate de un populismo bastante diferente en sus características al populismo latinoamericano en el que nos centraremos aquí. En Europa, por ejemplo, en España que es donde estuve más tiempo, hay una gran inquietud por el surgimiento de un partido como PODEMOS que tiene características muy especiales y que los politólogos europeos y españoles refieren como

perteneciente al populismo de izquierda en algún grado heredero del viejo y poderoso Partido Comunista Español. Se trata de una expresión renovada de la izquierda clásica que surge de las entrañas del PSOE, que como sabemos, fue y es a su vez, un partido de centro izquierda o de izquierda de expresión más tímida. Lo mismo sucede pero en sentido inverso en Alemania donde la crisis de la inmigración produjo el surgimiento en el seno de la derecha alemana de determinados partidos populistas con características anti inmigrantes. O en Hungría donde un señor Horvaht, encabeza un partido que tiene características netas de populismo de derecha.

De modo que estos populismos que están surgiendo en Europa con mucha fuerza, así como algunos de los grupos que impulsaron el Brexit, este movimiento inglés de apartamiento del Mercado Común Europeo, también tienen rasgos que los asimilan a estos partidos populistas, lo que señala la importancia del fenómeno.

Partidos populistas cuyas características generales veremos, porque tanto los de izquierda como los de derecha, incluyendo el populismo latinoamericano o el europeo presentan un parecido que permite agruparlos. Sólo que sus diferencias, en lo que a su contenido ideológicos refiere, son tan amplias que van desde la derecha a la izquierda del espectro político. Por más que, a pesar de ello, la forma en que enuncian su programa les otorga ese parecido de familia tan característico.

Dicho esto comienzo a precisarles la advertencia que les hacía al entrar en tema.

En las siguientes reflexiones nos referiremos a una variedad de populismos surgidos en nuestro continente a partir de la tercera década del siglo pasado que alcanzó su formato más definido a partir del siglo XXI.

El populismo es un fenómeno que tiene presencia en América Latina por lo menos desde los años 30 del siglo pasado y como vamos a ver, hay estudiosos del tema que lo remiten a una época aún más lejana. Esta opción metodológica que vamos a seguir de limitarnos al análisis de los populismos en América Latina no significa desconocer la existencia de abundantes ejemplos de experiencias populistas en otras épocas y geografías.

Únicamente implica que las características de los populismos latinoamericanos, en especial los actuales, estos de los cuales hablábamos, es decir los aparecidos luego de la implosión del comunismo coinciden además con el debilitamiento del anterior estado de bienestar. Es decir que aparecen en el marco de determinadas condiciones de época. Como ustedes

saben en América Latina las experiencias fuertemente estatistas, también sufren un quiebre fuerte a partir del fin de siglo. A partir de estos dos simultáneos declives es que, como si se llenara un vacío, aparece este nuevo fenómeno de populismo latinoamericano actual. Que se expande rápidamente por el continente y constituye el vehículo, el nuevo vehículo, de la izquierda continental.

Sabido es que la caída de la Unión Soviética implicó mucho más que la desaparición de una de las dos grandes potencias que dominaban el mundo. Tuvo repercusiones que excedieron en mucho el mapa geopolítico de ese momento. La izquierda perdió definitivamente su referencia ideológica central, referencia afirmada en una dinámica clasista, una filosofía de la historia, una específica sociología, el determinismo económico universal y una concepción del hombre como un ser alienado por las cadenas que de lo que seguían considerando el capitalismo explotador. Es decir que el socialismo marxista constituía una definida concepción del bien político tanto social como individual que ahora se presentaba en crisis.

Ello habilitó, como vamos a ver, que quedara un espacio vacío, un espacio yermo al cual la izquierda no tuvo otro remedio para llenarlo, que acudir al populismo. O para decirlo de un modo más claro y más preciso, el populismo latinoamericano es una ideología sucedánea, que viene a llenar el vacío dejado por la caída del modelo marxista leninista comunista. Lo que significa que la izquierda habiendo perdido sus anteriores referencias adoptó el populismo como el nuevo vehículo para sus objetivos políticos. Como si se valiera del mismo, en sustitución de sus antiguos modelos (los socialismos de Europa del Este), como modelo o vehículo de sus propuestas.

Esto no quiere decir que en América Latina los partidos predominantes hasta ese momento fueran partidos estrictamente comunistas, simplemente casi toda la izquierda latinoamericana con algunas pocas excepciones, tenía una ideología de base tamizada, coloreada, estructurada en función de determinados dogmas marxistas. Por ejemplo, un caso típico: el movimiento tupamaro en el Uruguay. Tradicionalmente se dice que el movimiento tupamaro en Uruguay no era un movimiento típicamente marxista leninista. Sin embargo, el estudio detenido de su material teórico y sus referencias bibliográficas están directamente centrados en el marxismo. Lo mismo pasaba con el Partido Socialista aún con sus notorias diferencias con el Partido Comunista al igual que ocurría con casi todos los núcleos de izquierda que habían adoptado el marxismo como su modelo ideológico.

Ese fenómeno que en el Uruguay era muy notorio, se repetía, con pequeñas diferencias locales, en gran parte de América Latina. Quiere decir esto que la caída del modelo del paradigma comunista supuso para la izquierda continental un vacío de una gravedad inusitada porque perdió de un golpe los elementos ideológicos que estructuraban su accionar político. Esa caída es la que es llenada, la que es suplida de alguna manera por la aparición del populismo latinoamericano que si bien ya existía resulta adoptado o cooptado por la izquierda continental que de ahora en más le imprime un renovado acento.

En esta caída, en esta necesidad de suplir ese baldío yermo es que aparece el populismo. Por más que el socialismo, si bien no directamente relacionado con el populismo, también tuviera dificultades desde el otro extremo del espectro de la izquierda.

Veamos porqué. A partir de Bad Godesberg, un congreso que realiza la socialdemocracia alemana en el año 1959 la socialdemocracia renuncia definitivamente al modelo socialista. Es decir, a partir de Bad Godesberg en la década del sesenta la socialdemocracia, la otra ala de la izquierda, el ala más moderada y más democrática de la misma, renuncia indirectamente al socialismo o por lo menos lo abandona como objetivo necesario de su práctica política. Esta renuncia teórica que después de la renuncia alemana es seguida en España por Felipe González cuando el PSOE explícitamente también deja de lado el socialismo, luego la sigue el socialismo francés cuando también Mitterrand después de una experiencia frustrada de socialización, que genera grandes dificultades económicas, también lo abandona.

Que quiero decir con esto, que ambas alas de la izquierda pierden sus modelos de referencia. En una, entra en crisis, muy probablemente definitiva, en su forma revolucionaria que era la marxista leninista, en la otra en su versión democrática también demuestra su imposibilidad de concretarse.

Entonces la única solución que tuvo la izquierda radical, más intuitiva que deliberada desde que no era sencillo sustituir una doctrina tan fuerte, tan arraigada, tan implantada como el marxismo, fue el populismo. Al que adhirieron más o menos francamente o con algunas reticencias las corrientes de izquierda de las principales naciones latinoamericanas todavía marcadas por las secuelas del terremoto de la revolución cubana y la guerrilla posterior. Es decir la izquierda que incluso había llegado a manifestarse en una opción armada, pierde nada menos que su estructura ideológica, sus referencias tradicionales. Esto es una calamidad para la

izquierda de dimensiones inusitadas. Se imaginan lo que significa que un movimiento político amplio con distintas expresiones empíricas, concretas, pero con una misma armazón de sostén, de pronto a fines de los años ochenta, ve como su expresión marxista leninista más definida, la experiencia soviética se derrumba definitivamente. Desaparece geopolíticamente y se borra, deja de estar operativa desde el ángulo teórico, mientras que en el ala más moderada, su expresión más cercana a la democracia liberal, también debe renunciar al socialismo.

Al socialismo, entendámonos bien, en la forma que lo concebía la socialdemocracia como un horizonte a largo plazo al cual mediante transformaciones más o menos periódicas, se podía ir accediendo, para en algún momento llegar. Pero ese modelo finalista, moderado, tranquilo y estable, soñado desde siempre, si ustedes quieren también cae a partir de esta fecha. Deja de ser viable y es abandonado con todos los honores por la social democracia de Bad Godesberg en adelante.

Entonces para la izquierda hay un verdadero drama teórico, no tiene a que referencias doctrinarias apelar. Es como una iglesia que hubiera perdido su canon y su biblia. Entonces en ese momento dramático, para llenar ese hueco es que aparece el populismo que tenía antecedentes en Latino América pero que nunca se había casado de una manera tan clara con la izquierda. ¿Es la necesidad ante la caída de su paradigma la que lleva a la izquierda que anteriormente había criticado el populismo, al peronismo, por ejemplo, el fenómeno típico de expresión populista en Latino América o al Varguismo en Brasil o Cárdenas en Méjico, todas esas experiencias de los años 30 del siglo XX en América Latina, habían sido duramente criticadas por la izquierda, por qué? Porque la izquierda veía un modelo revolucionario, clasista, en donde el proletariado era en definitiva el agente necesario de los cambios revolucionarios, siendo imposible, o muy atípico, concretarlo a destiempo y de otra manera. Por más que más tarde la guerrilla abandonará estas convicciones teóricas. De manera que un modelo como el populista que apelaba a un hombre, al pueblo, a la dicotomía pueblo oligarquía, a combatir a los sindicatos de clase, a avanzar con las transformaciones de modo más o menos inmediato, mal podía avenirse con la izquierda clásica. Por más, vale insistir, que los cambios y transformaciones que ya se habían procesado en el seno de la izquierda clásica, hubiera a florado, no sin largas discusiones y rupturas, este tipo de aserciones.

Aún cuando tampoco debamos olvidar que en Argentina, por ejemplo hubo alguna experiencia de golpe antiperonista propiciado, dirigido y manejado por el Partido Comunista. Sin embargo decía, a fines del siglo veinte,

setenta años después el Partido Comunista y el resto de los partidos marxistas de América Latina terminan por adherir al populismo. Es el fenómeno boliviano, es el fenómeno venezolano, es el fenómeno ecuatoriano.

Con esta advertencia entramos directamente en materia. Cualquiera sea el estudio que se realice sobre el populismo, crítico o laudatorio, estará inevitablemente encabezado con una digresión sobre la ambigüedad del concepto del populismo como categoría politológica, tal como si el mismo escapara fatalmente a cualquier intento por aprehenderlo. Es decir, hasta ahora hemos hablado del populismo, como si fuera un concepto sencillo, todos tenemos una idea general de lo que es el populismo, pero cuando nos apuran y tenemos que definirlo con más o menos exactitud, nos encontramos con una dificultad conceptual importante. No es fácil definir el populismo, no es sencillo precisar en qué se parece Cárdenas en México, el revolucionario Cárdenas de la década del treinta con el Peronismo de los cincuenta en Argentina o con el Varguismo de la década del treinta y del cuarenta en Brasil o con determinadas experiencias incluso anteriores en la Argentina, como la de Rosas a mediados del siglo XIX, a las que se ha referido al populismo.

Entonces en esa medida, el populismo resulta capaz de desafiar cualquier filosofía de la historia, o cualquier intento de periodizarlo mediante procedimientos politológicos o que presuman de tales. ¿Cuál es entonces la categoría politológica que define al populismo? Si tenemos que definir al marxismo no tenemos ninguna duda, es un movimiento clasista revolucionario que aspira a la caída del capitalismo por contradicciones originadas en su propio desarrollo. ¿Pero si debemos decir lo mismo del populismo lo podemos hacer fácilmente? No, porque el populismo no es un movimiento que apele a las clases sociales, ni a la lucha de clases, ni a una dinámica de la historia determinada que lleve a que en cierto momento la revolución sea inminente.

De modo que ahí tenemos una primera dificultad muy clara. Lo que quizás nos obligue a acercarnos al concepto mediante un enfoque histórico. Así comienza su historia, según el relato usual, lo que normalmente se dice del populismo, con los narodnichis es decir con una apelación a los campesinos rusos del siglo XIX. Es decir, existe un relativo acuerdo entre los politólogos en que el primer tipo de populismo que se dio en el mundo con características más o menos definidas fue el fenómeno ruso antes de la revolución soviética, reitero que estamos hablando de las últimas décadas del siglo XIX. Y de los intelectuales urbanos que creyeron que dignificando el mundo aldeano, el de los narodnichis, podían lograr con ello la definitiva liberación de su patria. Al incorporarlos a un proceso revolucionario en base a sus cualidades primarias, como pueblo llano,

donde albergaban las mejores virtudes de la Rusia eterna. Incluyendo en ello algunas instituciones ya existentes, como las heredadas de propiedad colectiva en las aldeas que, sostenían, se podrían generalizar, como célula socialista básica, al resto de la economía.

Por las mismas fechas en Estados Unidos se produjo la creación de lo que se llamó el Partido del Pueblo que se oponía a la desmesura del despiadado capitalismo del país del norte y lo sentía como su consecuencia deshumanizadora. Como una gangrena generalizada que impediría el sano desarrollo del pueblo norteamericano, apostando para salvarlo a los granjeros de las grandes llanuras y a sus sanos instintos.

Es decir, las primeras dos experiencias que aparecen en el mundo, que los politólogos registran como fenómenos populistas, fueron el campesinado ruso de fines del siglo XIX y en el oeste norteamericano la aparición de un partido agrario que se rebela contra el avance del capitalismo. Fíjense ustedes la ambigüedad de la categoría, el campesinado ruso tremendamente atrasado en las estepas siberianas, en las estepas de la Rusia profunda, comparado con un agrarismo en los estados norteamericanos de la misma fecha que se opone al surgimiento y al desarrollo del capitalismo citadino de las grandes urbes norteamericanas. Más allá de semejanzas superficiales ¿qué tienen de común esos dos fenómenos en dos realidades nacionales tan disímiles? Sin embargo ambos apelan a determinadas características que nos permiten encontrar similitudes entre ambos fenómenos.

También, como hemos adelantado, se ha hablado de Juan Manuel de Rosas por ejemplo en América Latina, ese líder tan especial de la confederación argentina, con esas características rurales tan propias de lo que fue los comienzos en el Río de la Plata en la formación tanto de Argentina como de Uruguay, asimilándolo a un líder populista. ¿Por qué? Por sus características, la forma en que ejercía el liderazgo, la apelación al pueblo llano, a los más alejados de los refinamientos europeos. O, en otra realidad, a Hipólito Irigoyen en la Argentina, el presidente que culmina en Argentina un ciclo de democracia, un ciclo democrático que él mismo había iniciado y que en el año treinta del siglo pasado es depuesto por una revolución citadina y que también es considerado un líder populista, aunque cueste encontrarle las semejanzas con Juan Manuel de Rosas más allá de las coincidencias en ambos, en la apelación a las masas populares.

¿Qué quiere decir todo esto? Significa que la categoría populismo es muy amplia e imprecisa, apela más que nada a la emergencia de determinados líderes, ciertos personajes que a través de un dominio carismático, a través de los atributos de su personalidad, como su empatía y su capacidad de comunicación, canalizan un proceso de cambio social incorporando al

mismo a los sectores más desposeídos. Sectores a los que seducen con sus ofertas y promesas, más allá de cuales sean en definitiva, sus logros concretos en tales ofertas.

Es decir, hay una apelación que realiza Rosas, que realiza Irigoyen, que realiza Perón, a constituir a los sectores más desposeídos de la sociedad en un movimiento revolucionario que cambie las reglas de juego y que se oponga a lo que ellos consideran que era el dominio de las burguesías dominantes en el esquema previo a su llegada al poder. O para decirlo de otra manera, estos liderazgos carismáticos hechos por esos líderes que se invisten del rol de representar al pueblo, crean al pueblo en el mismo proceso de apelarlo para que acompañen el proceso. Esta es la característica que hace que estos fenómenos tan dispares como los que les nombraba, tengan un denominador común. El denominador común es la propia figura del líder carismático que encabeza el proceso y que encarna o pretende encarnar en su llamado la virtualidad de crear ese movimiento social, hasta entonces dormido, capaz de revolucionar o de cambiar la sociedad con su sola potencialidad.

Cómo ven es una categoría bastante difusa, que tiene pocos elementos de aprehensión, que cuesta captarla intelectualmente, en tanto se trata de colectivos sociales muy diferentes al proletariado de la izquierda clásica, entrenado en sus tradiciones, o al campesinado clásico constituido por siglos de opresión y contacto común. Con todo en lo que sigue nos detendremos en el populismo como categoría política genérica, un tema difícil que ha dado su ubicuidad, hoy inunda bibliotecas y constituye una de las pasiones de los politólogos tanto europeos como americanos y que incluso, se ha extendido a las derechas. Tal como explicamos, nos limitaremos a analizar el populismo en América Latina, procurando internarnos en sus relaciones con la democracia, lo que de paso nos habilitará para describir sus restantes características, algo que por sí, dada la fecundidad y versatilidad de la categoría asoma como una tarea difícil de volcar en términos conceptuales.

En su accidentado decurso, por más que no cuente entre los analistas, con un consenso pacífico se han destacado los siguientes casos que darían cuenta de los casos más salientes de este populismo aunque no todos ellos coincidan puntualmente en sus rasgos definitorios, planteando las clásicas dificultades para encerrar los casos concretos en los límites de las categorías conceptuales.

En esa medida y partiendo de la necesaria modestia que estos ejercicios suponen, podemos hablar de los llamados populismos clásicos que van del



año treinta al año cincuenta, cincuenta y cinco del siglo XX. Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Juan Domingo Perón en Argentina, Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, Víctor Velazco Ibarra en Ecuador y Carlos Ibáñez del Campo en Chile. Todos estos son líderes del primer populismo latinoamericano.

Luego vendría el populismo emergente de la primera mitad del siglo XX. Y que como les decía tiene como característica definitoria la propia persona del líder que las dirige. Lo cual es una particularidad bastante extraña propia del populismo, porque la monarquía no se define por las características personales de Luis XIV o de Luis XIII, ni las presidencias definen como categoría política a las democracias quienquiera sea esa persona. Sin embargo el populismo tiene tal ambigüedad y tal dificultad para su precisión conceptual que aquello lo define, que lo caracteriza, que permite que podamos observar su rostro es, como les dije, la personalidad de quien encabeza el proceso.

Lo cual, por ejemplo, aparece como muy claro en el peronismo, que más que una doctrina específica, es la persona de Perón y de su esposa Evita, de sus discursos y de sus constantes apelaciones al pueblo, y de su reiterada oposición a la oligarquía, en una contradicción simple y marcada, entre el pueblo y los sectores que de acuerdo a su visión son sus explotadores. Y fíjense ustedes, y me estoy adelantando que lo mismo ocurre con Cristina Kirchner, con el propio discurso de Cristina dividiendo la Argentina en dos pedazos; un trozo, que ella representa, conformado por los buenos y otro formado por las oligarquías rapaces que impiden que el pueblo consiga su felicidad.

¿Hay mucho más institucionalmente? No, no lo hay. Al contrario hay un desprecio por las instituciones. Si hay algo que define un régimen político son las formas en que estructuran sus instituciones. La complejidad y variedad de las mismas, de forma de amparar el pluralismo social. Las democracias como ustedes saben está representada por la separación de poderes, por el respeto a las libertades y por las muchas instituciones e instancias que las amparan, por el reconocimiento de los distintos partidos y grupos políticos, es decir por la complejidad institucional que supone una sociedad desarrollada. El populismo es exactamente lo opuesto, es el intento por simplificar la sociedad, por constituir la oposición de dos bandos enfrentados en una lucha a muerte entre buenos y malos. Todo ello expresado a través de la persona del líder que encarna esa dicotomía, que la reproduce a cada paso y apela a ella en su discurso, tanto el suyo como el de sus representantes, para mantener permanente la movilización popular

necesaria para que el régimen subsista. Tal como si la tensión fuera su alimento.

Esto es su característica central. Ella hace que el populismo pueda caracterizarse como un modo de decir la política, un modo de expresarse, de dividir y simplificar las sociedades y convertirlas en un escenario de lucha a muerte donde el líder ejerce la dirección de uno de los sectores enfrentados. Esto es en esencia, el populismo y esta extrema sencillez del populismo, una forma simplificada y dicotómica de practicar y de referirse a la política de esa manera, como dos ejércitos enfrentados en una lucha por la vida, en este caso por la vida social y política, es lo que le da a este régimen la característica tan especial que tiene de poder albergar bajo su égida a los regímenes político ideológicos más diferentes entre sí.

Así los sociólogos clásicos, especialmente los norteamericanos los primeros que estudiaron esto, han expresado muy tempranamente que el populismo es la creencia, encarnada en un movimiento, de que la virtud política reside en el pueblo auténtico y en sus tradiciones. Y el peronismo, para citar un caso típico de populismo, permanentemente repetía una misma consigna, con la que empapelaba la capital: “Perón cumple, Evita dignifica”, este era su eslogan central. Perón cumple, con quien, con el pueblo, Evita dignifica a quien; al pueblo al que incorpora al proceso político. Y algo de verdad tenía, en alguna medida, en tanto había una integración de las masas que hasta entonces habían sido sorteadas del escenario político que responden a su llamado y se incorporan como actores políticos. Las mismas que llenan la Plaza de Mayo al llamado de Perón o impiden, manifestándose o paralizando su actividad laboral que su líder sea apartado del quehacer político. Si bien no lo hacen dentro de los carriles regulares de la democracia, no actúan buscando consensos, ni el diálogo necesario para el funcionamiento regular de las instituciones políticas, pero, aún con estas particularidades, mediante estas movilizaciones permanentes que los populismos conllevan, las masas, hasta entonces apartadas, se integraban en el hacer político. O al menos tienen la percepción de hacerlo y de tomar parte en las decisiones que adopta la cúpula populista aclamada masivamente por sus seguidores.

Gino Germani y Torcuato Di Tella, dos sociólogos argentinos clásicos relacionan el populismo con los movimientos de modernización que hacia mediados del siglo pasado sacuden a la sociedad. De un país de características agropecuarias y tradicionalistas muy marcadas comienza la transformación, alentada por la situación internacional, hacia un país que se busca industrializar en un proceso que, para la mirada de estos sociólogos, no fue meramente económico sino que implicó el arribo del interior de la república de masas no organizadas, masas aluvionales las denominaron,

que se incorporaron a las nuevas modalidades de vida, sin pautas de identificación político social a las que poder acudir para justificarse, lo que las invitaba a apoderarse de las nuevas formas de adhesión e identificación que le procuraba un peronismo políticamente dominante y con el cual rápidamente se identificaban.

Es decir, masas que no tenían ninguna memoria histórica, no tenían tradición ni recuerdos como actores políticos a los que apelar, encontraban fácil identificarse con las figuras que encarnaban el proceso populista emergente, ya fuera Vargas en Brasil, ya Perón en Argentina, ya Evo Morales en Bolivia.

Son todas figuras que cumplen una función. Función que consiste en otorgarle a los sectores marginados de la sociedad un nuevo rol, un papel político y social del que antes carecían, de ahí su éxito. En tanto las condiciones económicas externas, lo que se denomina la coyuntura económica internacional, como puede ser la posguerra o una inesperada suba de las materias primas generadas por sus países, le permitan otorgarles a esas masas a las que apelan determinadas dádivas o beneficios. Por más que tan pronto las coyunturas económicas cambien y modifiquen la situación, en tanto no generan cambios permanentes en la estructura económica de sus naciones, tengan enormes dificultades para mantener con éxito sus prédicas populistas.

Actualmente el caso más paradigmático, el mejor ejemplo de este proceso de éxito y posterior retroceso, es el caso venezolano. Venezuela funcionó y movilizó a su sociedad a través de la figura de Chávez, otro típico líder carismático en sus discursos, en sus actitudes, en su posicionamiento general. Estos líderes carismáticos pueden ser civiles o militares, pertenecer a las clases altas o las clases bajas. Eso no modifica sus posibilidades de actuación. No es su extracción de clase, su función social o su profesión lo que les da capacidad de representación. Es su carisma, su capacidad para empatizar con las masas. Eso que tenía Eva Perón por ejemplo, con su enorme capacidad para identificarse con los sectores femeninos más bajos de la Argentina que se proyectaron en lo que sintieron como la mujer de baja extracción capaz de escalar hasta las cimas del poder.

Algo que más tarde, se repitió en la Argentina con la figura de Cristina. También una mujer con una capacidad de proyección muy importante. Ella representó y sigue representando a una parte de los sectores de argentinos marginados para lograr hacerse abanderada de muchos de los sindicatos argentinos.

Por supuesto que esto hace que en algunos países el populismo tenga dificultades de implantación. Porqué. Y esta es otra digresión pero creo que

viene a cuenta e importa. ¿En un país como el Uruguay, por ejemplo, es pensable el populismo? ¿Ha habido populismos? Bueno, hay un historiador Carlos Zubillaga que escribió un libro sosteniendo que Batlle y Ordóñez fue un líder populista, lo cual si bien a mí me parece un error, puede sostenerse con base en ciertas razones, por parte de un historiador profesional. Creo que Batlle no era un líder populista porque fue un hombre que apeló constantemente a las instituciones y al mantenimiento de la democracia en el Uruguay, aún con algunos deslices pero que básicamente su actuación fue esa, sin perjuicio que como ocurre con casi todos los políticos en algunos momentos pudiera haber apelado a ciertos reflejos populistas en su accionar.

Por eso decía que en Uruguay, donde hay una tradición democrática muy arraigada que viene desde comienzos del siglo XX, es poco pensable la posibilidad de la implantación de un populismo que requiere condiciones iniciales que aquí están ausentes.

Piensen ustedes por ejemplo las dificultades para que un sindicato pudiera estar representado por una figura como pudiera ser Eva Perón. Algo difícil de concebir porque los sindicatos uruguayos están consustanciados con la izquierda clásica, tienen una orientación de tipo clasista, de tipo marxista, que hace muy difícil que crezca el populismo como estilo político. Pese a lo cual, Benito Nardone, conocido como Chico Tazo, tuvo ciertas características cercanas a lo que pudiera haber sido un líder populista.

En países latinoamericanos donde la tradición democrática es mucho más débil, es más fácil la implantación del populismo, lo que explica su enorme éxito en Argentina y en Brasil. Incluso la fortuna de Chávez en Venezuela se vio facilitada por qué no había tradiciones institucionales fuertes en su país, a pesar que se había mantenido un esquema de vida democrático durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez, pero no había una tradición arraigada de respeto institucional. Eso hizo que una figura como Chávez pudiera desarrollarse con los resultados los cuales ahora estamos viendo. Mientras Chávez pudo nadar en un río de petróleo y exportar petróleo a 120 dólares el barril, había mucho para repartir en el resto de América Latina.

Pero tan pronto como los populismos enfrentan condiciones económicas que no son tan buenas empiezan las dificultades. Desandando el camino que va de Chávez a Maduro, la diferencia no son tanto las aptitudes de uno y otro, que las hay, la diferencia central está en la coyuntura económica. Lo que supuso la Venezuela de Chávez y lo que supone la Venezuela de Maduro, dos realidades absolutamente distintas.

Si piensan en Bolivia por ejemplo, enfrentamos un caso típico. Bolivia, pese a sus varias revoluciones, nunca logró establecer un sistema democrático que verdaderamente funcionara. Cuál fue el gran éxito de Evo Morales que lo convierte en la experiencia populista probablemente más duradera de todas las que aún quedan en América Latina; la incorporación brillante a sus efectos, del elemento indígena en un proyecto político. La reivindicación de la aimara, del cholo, de todos los sectores bolivianos tradicionalmente excluidos de los procesos políticos. A través de Evo Morales, realzando la persona del postergado indio boliviano, es que se logró ese proceso de implantación de un populismo exitoso. Por más que ello poco se relacionara con la verdadera democracia o con la vigencia de instituciones de perfil republicano.

De manera que, lo que quisiera que se entienda es que el populismo precisa como una necesidad vital dejar de lado las instituciones. Las instituciones molestan al populismo. Impiden su desarrollo. Empobrecen sus proclamas. ¿Por qué ocurre esto? Porque las instituciones son trabas, son frenos para un movimiento cuya fuerza principal radica en la movilización y la permanente oposición al enemigo, al adversario al que permanentemente se debe derrotar en una lucha que nunca termina. El populismo actual, el populismo del siglo XXI, tal como lo denominó Chávez, no abjura de la democracia, al contrario reivindica la democracia, permanentemente la está llamando, se dice democrático, apela a la democracia como su reserva política, como el elemento ideológico que lo sostiene. Los populismos están en el gobierno, así lo repiten constantemente, porque el pueblo los eligió. Lo que constituye una diferencia con los populismos anteriores, los populismos de los años treinta y cuarenta, donde la pureza del origen tenía mucho menos importancia

En el peronismo, en el varguismo, ni hablar en la revolución mejicana, la democracia no tenía la importancia que tiene en el discurso de los populismos actuales. En la propia Venezuela de Maduro, la pretensión de seguir liderando un proceso democrático enfrentado a la conspiración de la derecha, sigue siendo proclamada, pese a su notoria falsedad. Pero atención, cuando ellos hablan de democracia no hablan de lo mismo que hablamos nosotros los demócratas, aunque se utilicen las mismas palabras. Esto hay que tenerlo muy en cuenta. Para nosotros, para los uruguayos, para todos los que estamos hoy aquí la democracia es la democracia liberal, es la democracia de partidos, es el pluralismo, son las instituciones, es la separación de poderes, la independencia judicial. Es todo aquello que el liberalismo le aportó a la democracia. La democracia es el gobierno de la mayoría, de eso no hay ninguna duda, y bienvenido sea ese principio, el viejo principio griego de que la democracia son instituciones estables,

diálogos permanentes, correspondencia entre los hombres, una sociedad de paz, que tiene como valor fundamental al individuo.

Con todo lo que el liberalismo le aporta a la democracia. Le aporta todo esto que estoy diciendo, más las libertades, los derechos humanos y el libre juego de las instituciones y el respeto a las normas de juego establecidos en las constituciones como el pacto constitutivo del cuerpo político. Todos esos principios que a partir de la Revolución Francesa la democracia fue elaborando con mucha lentitud pero con mucha profundidad.

El juego institucional, los principios de la separación de poderes. La idea que la política está subordinada al Derecho y nunca al revés, jamás al revés. El Derecho es lo que estructura una democracia, constituye su argamasa, el esqueleto sobre el que se apoya su accionar. Todos estos elementos tan vitales para el concepto de democracia liberal son los que no funcionan en las democracias populistas. Más allá que pueda tener su origen en un proceso electoral. La democracia populista se opone a la independencia judicial, no acepta que los jueces puedan funcionar sin subordinarse a ningún otro poder. La democracia liberal exige, para ser tal, que el Poder Judicial sea independiente. Bueno, estos principios son los que en el populismo no funcionan aún cuando sus gobiernos puedan haber accedido al poder mediante una votación mayoritaria. Y ello desde que se trata de un gobierno de una mayoría que no tiene limitaciones, que no tiene obstáculos, que no tiene respeto alguno por las minorías. Que entiende que por haber logrado la mayoría, ello la legitima para ejercer el poder absoluto. El respeto a las minorías, la posibilidad que ellas puedan transformarse en mayoría, faltan en el populismo y por consiguiente los populismos funcionan bien. Como les dije al principio en la medida que tenga elementos económicos que las favorezcan. Y rápidamente se desintegran como ocurrió en nuestro continente cuando dichos factores no le son favorables.

En las coyunturas donde el petróleo rinde o porqué hay otras condiciones económicas que lo permiten como pasó en estos doce o trece años últimos, donde el precio de los commodities, resultó favorable, el populismo prospera. Tal como ocurrió en América Latina en este período, cuando se vivió un auge desconocido en el último siglo que no en balde coincidió con el florecimiento de los populismos

Esta coincidencia no es una casualidad, no es que los latinoamericanos nos volvimos menos democráticos y permitimos que los populismos nos engañaran masivamente. Es que la coyuntura económica permitió que ese tipo de regímenes tuviera condiciones para practicar una política que si

bien no crea las bases para el crecimiento, distribuye lo que tiene cuando lo tiene, sin reparar en lo que vendrá. Sin sentar las bases de un crecimiento sostenido. Pero el factor determinante que permitió el éxito venezolano, el éxito ecuatoriano, el éxito boliviano, en todos los casos, fue la coyuntura internacional. Terminada la misma comienza a vivirse lo que ahora estamos viviendo. Algo que ocurrió en la Argentina o en Brasil, con el agregado que el brasilero no fue un populismo típico.

Otro elemento que ahora que se asocia con los populismos, es el grado enorme de corrupción que los rodea. Un extremo que tampoco es una casualidad, ni un producto caprichoso de la historia; los rodea la corrupción porque funcionan mal las garantías institucionales lo que otorga a la corrupción grandes posibilidades de expandirse. Es lo que pasó en el Brasil con ese populismo un poco especial que sufrió, pero con toda claridad ocurrió en la Argentina donde podría alcanzar a la propia presidenta.

En el Uruguay y no es tema de esta charla, yo creo que hay algún elemento, alguna figura política, algún sector del partido político que puede tener algún reflejo populista. Cuando algún líder uruguayo dice: “La política está por encima del Derecho” está haciendo una afirmación que es groseramente populista pero el mismo que dice eso no puede desarrollar luego una presidencia populista porque en el Uruguay afortunadamente y por ahora, no hay elementos históricos culturales que permitan el desarrollo de un populismo latinoamericano típico. No los hay afortunadamente porque nuestra tradición impide el surgimiento y la consolidación de ese tipo de regímenes lo cual no quiere decir que en un futuro no pueda ocurrir. Nadie está a salvo de ese tipo de cosas y mucho menos está a salvo de populismos de derecha del tipo europeo que es otro fenómeno que tendríamos que charlar otro día, pero que también es un problema que amenaza a la democracia liberal.

Porqué así como les digo hay una condición muy importante en América Latina para el desarrollo de este tipo de experiencias. Me refiero a una izquierda que ha perdido sus referencias ideológicas y que apela al populismo para conseguir un modelo sustituto también ocurre lo mismo en algunos países desarrollados donde hay una derecha muy reaccionaria, muy contraria a la democracia liberal que hace lo mismo apelando a mecanismos del mismo tipo y que por la misma razón también asisten a fenómenos de corrupción como está ocurriendo en Europa. Donde además problemas como la inmigración creciente generan condiciones sociales que también facilitan la emergencia de líderes populistas. Lo que ha ocurrido en Polonia en Hungría y en Turquía.

Yo con esto voy a abrir un debate con ustedes para que me pregunten lo que quieran pero pediría que si algo queda de esta charla es esa idea de que el populismo no es una ideología política, no es un régimen, no es algo que se pueda tocar con el dedo y decir este es un ejemplo clarísimo de populismo. Como por ejemplo, se podía decir del fascismo que era un régimen que tenía determinadas características precisas al apelar a un nacionalismo muy definido con elementos raciales muy claros, además del antisemitismo que lo caracterizaba. Por el contrario el populismo varía mucho, en cada experiencia y en cada época. El fascismo tuvo elementos populistas, el comunismo típico, el estalinismo, la figura de Stalin en la Unión Soviética también tuvo elementos de populismo. Ese dictador que se impone por encima de todas las instituciones, que es capaz de arrasar con cualquier separación de poderes, que concentra los poderes y que expresa el bien social, ese extremo era un claro elemento populista en el estalinismo. Pero el populismo no es un comunismo, no es un nacionalsocialismo: es un modo de expresar la política, de decirla, un modo de simplificar los procesos sociales, dividir la sociedad en dos, crear una lucha a muerte entre el bien y el mal, el amigo y el enemigo. Eso es el populismo y como tal admite casarse, conectarse con las más diversas ideologías y fenómenos. Casi todos los regímenes del mundo tienen líderes, tienen momentos, tienen costados populistas. Y ello en tanto el populismo es una característica formal de la política, un modo de presentar y simplificar el conflicto social, que se hace presente en casi todos los regímenes conocidos. Pese a lo cual se diferencia claramente de la democracia liberal.

Termino diciendo el Populismo Latinoamericano no es un populismo distinto, por ejemplo a los populismos europeos de derecha tan frecuentes en este momento. Es un subtipo de ellos, un subtipo que dada las características históricas, sociales de América Latina se asoció con la izquierda y coincidió con la caída de su paradigma clásico. Lo hizo en momentos en que hubo condiciones económicas que permitieron que esa asociación prosperara. Terminadas las mismas entró en un proceso de agonía al que estamos asistiendo en Venezuela, del mismo modo que terminó en la Argentina echado por el voto popular, terminó en Brasil o esperamos que concluya, barrido por la propia corrupción que generó, en Bolivia está teniendo dificultades, en Ecuador arrastra problemas con el reciente gobierno producto de elecciones y tiene contratiempos en Nicaragua, en la figura del ambiguo Ortega, un personaje muy poco recomendable desde el punto de vista personal.

Todo lo cual hace pensar que el populismo latinoamericano terminó su ciclo lo cual no quiere decir que en algún momento no pueda recomenzarlo,



en esos largos ciclos que repite la historia, porqué la democracia y la democracia liberal es un régimen en permanente amenaza. Es decir vive en peligro. Entonces el esfuerzo es cuidarla lo más posible. Nosotros tenemos afortunadamente, más allá del gobierno que nos toque en cada caso, una reserva moral que es refractaria a los populismos. Ojalá la conservemos por mucho tiempo. Muchas gracias.

Dr. Hebert Gatto